

Homilía del 13 de mayo de 2020 – La Puye

1 Co 4, 9-15; Lc 12, 35-40

Es una alegría celebrar hoy a San Andrés-Huberto: una alegría para ustedes, Hijas de la Cruz y para los laicos que avanzan con ustedes; Una alegría para la diócesis y el presbiterio. Han preparado este 200º aniversario con corazón. ¡Aquí están los proyectos trastornados ahora por lo inesperado! Lo inesperado... La vida de Andrés-Huberto está entretejida de eso, lo saben bien. ¿No es esta una oportunidad, un kairos (un momento favorable) diría San Pablo, para dejarse renovar en profundidad, para ser inventivos y trazar nuevos caminos? La vida de tantas personas está hoy del revés. El futuro parece incierto e incluso sombrío para muchos. Y también en primer lugar, queremos agradecer a Dios, con la Iglesia, por el testimonio y el legado que Andrés-Huberto nos deja. El recorrido de su vida y sus cartas arrojan luz sobre nuestra forma de atravesar este momento difícil para tantos contemporáneos en muchos países. Algunos incluso pueden preguntarse: ¿todavía es posible esperar?

En la época de San Pablo, la comunidad de Corinto era muy pequeña en comparación con la inmensa ciudad muy animada debido a su actividad económica y comercial, ya que tiene dos puertos orientados uno hacia Asia y el otro hacia Europa; una población muy mezclada con 2/3 de esclavos; corrientes de pensamiento donde se cruzan filosofías, sabidurías y excentricidades del tiempo. Pablo fundó una pequeña comunidad cristiana que contaba entre 60 y 100 miembros. No solo era pequeña, sino que también estaba dividida. ¡Algunos eran de Pablo, otros de Pedro, otros de Apolo y finalmente quienes son de Cristo! Pablo les pregunta: ¿Está Cristo dividido? El apóstol tiene mucho que ver con esta comunidad. Sin embargo, el rumor de la Resurrección nos llegó gracias a un puñado de pequeñas y frágiles comunidades en del torno al Mediterráneo. ¡Maravilla del don de Dios! Para San Pablo, llevamos ese tesoro en vasos de arcilla (cf. 2 Cor. 4: 7). La comunidad de Corintio no solo conoce divisiones, sino también orgullo. Pablo subraya el contraste, -e incluso las contradicciones-, entre sus pretensiones llenas de vanidad y la condición de los apóstoles. Pues la comunidad de Corintio ha olvidado la gratuidad de los dones de Dios: "Que ninguno de ustedes se enorgullezca al ponerse del lado del otro. ¿Qué obtuvisteis que no recibisteis? Y si lo recibisteis, ¿por qué alardear como si no lo hubierais recibido?" Para hacer que los corintios cambien su

mentalidad y comportamiento, Pablo describe su condición de apóstol con Apolo: despreciado, maltratado, calumniado, insultado, perseguido, basura y escoria de los hombres, experimentamos hambre, sed, indigencia. La interpelación de Pablo es viva y clara. En cuanto busquemos agradar a Dios en vez de a los hombres, hemos conocido los sufrimientos de los amigos de la Cruz. Andrés-Huberto no lo economizó, al igual que Juana Isabel, María-Laura y sus hermanas. Tampoco los discípulos de Cristo hoy en muchas partes del mundo. Es hermoso ver cómo Pablo habla tiernamente de aquellos a quienes ha engendrado en la fe a través de la proclamación del Evangelio. ¿Cómo podemos dejar de reconocer el recorrido de Andrés-Huberto en tantos aspectos? Hoy estamos aquí, con Andrés-Huberto, en la más bella tradición paulina.

En el relato Evangélico, Jesús está solo con sus discípulos. Está en éxodo hacia Jerusalén, preparando a su pueblo para su futuro. El relato de la Ascensión (Hechos 1: 9-11) significa la partida de Jesús al Padre. El tiempo de la Iglesia se abre con el don del Espíritu. Según la última palabra del libro de Apocalipsis, vivimos anhelando el final de la historia: "¡Ven, Señor Jesús!" En este tiempo de espera, los discípulos están llamados a estar preparados. Es precisamente durante la noche cuando tenemos que velar, mantener la actitud de servicio, mantener nuestras lámparas encendidas. Andrés-Huberto experimentó el tiempo de las pruebas, del sufrimiento y la persecución. Nunca dejó de desear el día de Dios, nunca dejó de tener esperanza. El tiempo de las pruebas le enseñó a estar preparado. ¡Qué cambio pasado el tiempo con el inconsciente joven de Poitiers! "Felices son los servidores a quienes el maestro, a su llegada, encontrará observando"; Bienaventurada felicidad! Así va la Iglesia. Vela, mira, reza, anuncia a tiempo y a destiempo, testimonia, acompaña, cura, educa, conforta, se pone actitud de servicio. Ella sigue los pasos de su Señor y Maestro, desea comer la Pascua con Él. Belleza de la Iglesia en su maternidad y fertilidad, belleza de la Iglesia en el testimonio de sus santos, belleza de la Iglesia en los humildes servicios realizados todos los días por sus discípulos, belleza de la Iglesia siempre naciendo. A decir verdad, no es la Iglesia la que lleva el Evangelio, es precisamente el Evangelio el que lleva a la Iglesia.

Un poème de saint Jean de la Croix, alors dans le cachot de Tolède, éclaire l'essentiel, Dieu lui-même et l'attitude du disciple-missionnaire :

Así va, pueblo en marcha, de desplazamiento a desplazamiento. Esta es la condición del discípulo y el apóstol. Ustedes, hermanas, son herederas de un santo fundador que muestra el camino, no primero sólo con la palabra sino en acción, por una gracia de total desprendimiento. Esa es la paradoja del Evangelio: “Quien quiera salvar su vida la perderá; pero quien la pierda por mí y por el Evangelio la encontrará” (Mc 8, 35). Asumir el riesgo de seguir a Cristo es la mayor aventura que puede acontecer. Si bien las pruebas de este tiempo muestran claramente los callejones sin salida en los que se encuentran nuestras sociedades humanas, deseamos seguir a quien se nos ofrece como camino y como meta. La cruz es el gran libro del amor de Dios por nosotros. Avancemos más y más con confianza a la luz de la Pascua y en la fuerza del Espíritu. Tenemos que sembrar el Evangelio con ambas manos sin contar. Sin nostalgia del pasado, sin cálculo por el futuro. Un poema de San Juan de la Cruz, en la prisión de Toledo, arroja luz sobre lo esencial, Dios mismo y la actitud del discípulo-misionero:

**Sin arrimo y con arrimo,
sin luz y a oscuras viviendo,
toda me voy consumiendo.
Mi alma está desasida
de toda cosa criada,
y sobre sí levantada,**

**y en una sabrosa vida
solo en su Dios arrimada.
Por eso ya se dirá
la cosa que más estimo
que mi alma se ve ya
sin arrimo y con arrimo**

Esa es, Hermanas, la gracia que os deseo: *Apoyarse sólo en Dios.*
Caminemos así, tras las huellas de Andrés Huberto siguiendo a Cristo Amen,

P. Jean-Paul Russeil